

**DOMINGO XXIV DE TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 50, 5-9a): *El Señor Dios me ayuda.*

Salmo (114, 1-6.8-9): *«Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos».*

2ª lectura (Santiago 2, 14-18): *De qué sirve decir tengo fe, si no tengo obras.*

Evangelio (Marcos 8, 27-36): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Es saludable detenernos de vez y cuando, tomar distancia y preguntarnos por las cuestiones importantes de la propia vida. ¿Merece la pena lo que estoy haciendo? ¿Lo que estoy viviendo? ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Preguntarnos por las pequeñas o por las grandes decisiones que tomamos cada día y que terminan configurando y determinando nuestra vida; preguntarnos por el tipo de relaciones que establecemos con nosotros mismos y con los demás. Necesitamos detenernos, tomar distancia y valorar lo que hacemos y vivimos. Lo necesitamos para ser personas más conscientes, más libres y protagonistas de nuestra propia historia. Hacer un alto en el camino nos ayuda a ver con más claridad y no caminar a ciegas; nos ayuda a no perder el contacto con nosotros mismos y a no vivir como autómatas, tal vez desde lo que otros dictan. En algún momento hemos de preguntarnos por qué somos cristianos: ¿por qué yo soy cristiano? ¿Por qué razón sigo en este camino? ¿Qué me atrae del cristianismo? ¿Qué aporta a mi vida? ¿Qué he descubierto? ¿Quién es Jesucristo para mí?

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Nos lo pregunta Jesús como se lo preguntó a los primeros discípulos. ¿Quién es Jesucristo para nosotros? ¿Quién soy para vosotros? Jesús nos lo pregunta siempre, también hoy, en este nuevo tiempo de la historia, repleto de cambios, de crisis y de retos para el cristianismo y las Iglesias que lo sostienen. «¿Quién decís que soy yo?». Jesús desea que estemos con él consciente y libremente.

A los discípulos de la primera hora, que caminaban tras sus pasos, les preguntó «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38) y a Pedro, mucho más tarde, le preguntará: «¿Me amas?» (Jn 21,15). Detengamos la marcha de nuestra vida, tantas veces inconsciente, hagamos un poco de silencio en nuestra mente y en nuestro corazón y atrevámonos a escuchar en el silencio la pregunta de Jesús: *Y tú, ¿quién dices tú que soy yo?* El cristianismo es el fruto de la respuesta a esta pregunta. «Tú eres el Mesías» (Mc 8,30). La respuesta de Pedro es la respuesta de las primeras comunidades y de las Iglesias a lo largo de la historia. Pero no hay respuestas eternas y, por eso, hemos de volver a responder. Escuchemos a Jesús y respondamos. «Y tú, ¿quién soy yo para ti?».

El apóstol Santiago afirma rotundamente que si la fe no viene acompañada de buenas obras está muerta. Diríamos que el dinamismo de la fe se hace real cuando el creyente actúa y obra, movido por la fuerza que dimana de la fe, que fundamentalmente es un don. Esto es lo que afirmamos al decir que la fe es una virtud teologal, que nos pone en relación directa con la acción divina a la que atendemos y correspondemos con nuestra inteligencia y nuestra voluntad (Catecismo: 1814-1816). Obrar con fe significa realizar nuestras actividades en consonancia con nuestra aceptación del criterio y decisión de Dios que se nos revela y manifiesta en la Palabra Viva de Dios.

El Hijo de Dios, vivo y encarnado en la naturaleza humana de Jesucristo, es la expresión culminante de esa revelación. Por eso decir creo en Jesús, significa aceptar su vida como orientación válida e indiscutible para responder vitalmente con nuestra inteligencia, memoria y voluntad ante las propuestas que Dios nos hace a través de todas las vicisitudes de nuestra existencia. Nada ni nadie podrá sustituir el criterio de Dios con garantía de pervivencias. Precisamente la fe nos orienta hacia esa pervivencia y garantía de nuestro obrar bien. No basta nuestro criterio para acertar con la bondad; frecuentemente solemos experimentar que nuestras decisiones no fueron buenas a pesar de nuestras buenas intenciones. Nos faltó criterio y sabiduría más elevada que nos orientara. Eso es precisamente lo que hace la Revelación al facilitarnos una visión superior de los acontecimientos y una capacidad de conocer mejor los motivos de nuestras decisiones.

Cuando no es el propio yo, falto con frecuencia de apoyos para subsistir dignamente frente a los demás, sino la propia generosidad de Dios que nos brinda todos los recursos para potenciar nuestras decisiones, nuestro obrar responde al designio divino que en último término es benevolencia hacia sus criaturas. Por supuesto no negamos la gloria de Dios ni que Él es el primero en todo; lo que ocurre es que por la fe conocemos que su Bondad es efusión generosa para nosotros.

Conocer pues que la fe no es impedimento para obrar con libertad, sino precisamente es la fe la que nos ilumina y advierte cuando una acción no se acomoda al ejercicio de nuestra libertad libre, sino que obramos dominados por fuerzas que no llegamos a controlar, ya que algunas veces ni siquiera percibimos el alcance de lo que nos esclaviza. El único poder y fuerza que se nos revela Señor nuestro sin esclavizarnos es el Dios que nos ama y que facilita nuestra victoria sobre el mal. La aceptación de este dominio de Dios sobre nosotros requiere un cambio de visión de las cosas. Algo parecido a lo que Jesús recordó a Pedro cuando pretendía ponerse a favor de Jesús para impedir que el Maestro realizase el designio del Padre: «*¡Quítate de mi vista Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!*». La negación de sí mismo por afirmarse con Jesús y su Evangelio supone la verdadera salvación. Esa operación es la que garantiza que nuestra fe es verdadera si va acompañada de las buenas obras.